

**Jesús, causa de división**

La idea que plantea aquí Jesús también la registró san Mateo en su Evangelio.

¿Jesús sabe que Dios lo ha constituido *“signo de contradicción”* (Lc 2, 34-35) y que esa contradicción afectará asimismo a Sus discípulos (BdN, 7498).

**REVISIÓN DESGLOSADA DE Lc 12, 51-53;****12, 51 ¿CREÉIS QUE ESTOY AQUÍ PARA DAR PAZ A LA TIERRA?**

La paz se consideraba un don de Dios. Sólo de Él podía provenir lo que los judíos llamaban *“shalom”* que es una paz que implica también bienestar, alegría, equilibrio interior, serenidad (ver Sal 29 11).

Dar la paz o desear la paz era, por tanto, bendecir al otro, desearle que Dios derramara sobre él Sus dones.

Los profetas de la antigüedad, dieron a conocer que la paz sería una característica del Mesías. Por ejemplo, el profeta Isaías lo anunció como *“Príncipe de la paz”* (Is 9, 5). Y otros también (ver Ez 37, 26; Zac 9, 9-10).

Y en el Nuevo Testamento, el Nacimiento de Jesús fue visto como el cumplimiento de aquellos anuncios, como la inauguración de una nueva época de paz (ver Lc 1, 78-79; 2, 13-14; 7, 50; 8, 48; 10, 5-6).

Tomando en cuenta estos antecedentes, cabe suponer que ante la pregunta que planteó Jesús, seguramente los que la oyeron respondieron que sí, que creían que estaba aquí para dar paz a la tierra, pues así había sido anunciado. Pero entonces Jesús los desconcertará.

**REFLEXIONA:**

Conviene que nos preguntemos qué es para nosotros la paz, porque es un término tan empleado y desgastado que puede suceder que tengamos una idea distorsionada de lo que significa.

Para no entrar en complicaciones, podríamos plantearnos que hay básicamente dos clases de paz. La que ofrece Dios y la que ofrece el mundo. Y son muy distintas. Opuestas, de hecho.

La de Dios proviene de la certeza de que nos ama y está siempre con nosotros, así que podemos enfrentarlo todo con ánimo y serenidad, tomados de Su mano. La conciencia de la amorosa presencia de Dios a nuestro lado nos permite recibir cualquier noticia con paz, enfrentar la enfermedad, el dolor, la crisis, incluso la tragedia, con paz, que aunque haya dolor o tristeza, no nos roban la paz que proviene de sentir a Dios cercano, a nuestro lado. Esa paz permite también sonreír a quien nos cae mal, perdonar, comprender, tolerar, tener paciencia. La paz de Dios da al alma una auténtica serenidad que no se pierde aunque se enfrenten dificultades y problemas, en medio de enfermedades y aun ante la muerte.

Es la paz de los mansos de corazón, de los que han abierto su corazón a Dios y a sus hermanos, y no albergan en él ni violencia ni odio ni egoísmo ni injusticias, venganzas, violencias ni nada del putrefacto material con que se confeccionan los pleitos y las guerras. Es la paz de que gozan los hijos de Dios.

A esa paz se refería Jesús cuando se les apareció a Sus discípulos, después de que resucitó (ver Jn 14, 27).

La paz del mundo es una aparente ausencia de violencia, una aparente tranquilidad que es en realidad superficial y que puede ser rota por cualquier cosa, como una diferencia de opinión, un desacuerdo, una agresión, una crisis, una tragedia.

En la paz del mundo aparentemente no hay guerra, pero no hay amor, justicia, fraternidad. Los asuntos de los demás se dejan *“en paz”* y cada uno vive para sí mismo.

En el Antiguo Testamento Dios se quejó de profetas impostores que ofrecían una paz falsa (ver Jer 6, 14).

**REFLEXIONA:**

¿Cómo es la paz del mundo? Permíteme responder esta pregunta compartiéndote un texto tomado de mi libro *“Vida desde la fe”* (Colección *“Fe y vida”* vol. 1/6, Ediciones 72, p. 137, disponible en amazon).

La paz que da el mundo:

Es la paz aparente de dos que callan sus insultos pero cuyas miradas resentidas evitan encontrarse aunque compartan la casa, la oficina, la iglesia, el vecindario.

Es la paz de esos esposos que viven en silencio porque no tienen nada que decirse.

Es la paz de una charla familiar en la que nadie toca temas que incomodan como qué van a hacer para ayudar al hijo con sida, a la hija adolescente embarazada, al cuñado sin empleo, a la abuela enferma.

Es la paz de un asilo donde nunca resuenan los pasos de esos parientes que hace años se desentendieron de quien un día vinieron a dejar.

Es la paz que Cristo no vino a traer.

Es la paz de quien pone la música a todo volumen para no reconocer su propia soledad.

Es la paz de una persona tirada en la banqueta, con la mirada perdida por la droga, el alcohol o la desesperanza.

Es la paz del interior de un automóvil que tiene las ventanillas convenientemente cerradas para no escuchar a ese viejito que está afuera pidiendo una limosna.

Es la paz que Cristo no vino a traer.

Es la paz que se oye cuando termina el estallido, se asienta el polvo y sólo queda el humo luego de que una bomba 'inteligente' terminó con un poblado entero.

Es la paz de montones de cadáveres apilados en una plaza de Ruanda, en una camioneta en Aguas Blancas, en un parque de San Salvador, en una fosa clandestina en cualquier lugar del mundo.

Es la paz de dos adversarios que se miden el uno al otro y se respetan sólo por el tamaño de su capacidad de destruir.

Es la paz que Cristo no vino a traer.

Es la paz de una calle solitaria en donde acecha en silencio un violador, un asaltante, un asesino.

Es la paz que da una alambrada de púas, una alarma, un perro eficazmente entrenado para atacar.

Es la paz del que se siente tranquilo porque tiene un arma en el bolsillo.

Es la paz del que se marcha satisfecho después de haber saciado su deseo de venganza.

Es la paz que Cristo no vino a traer.

Es la paz de un consultorio vacío en el que ya se concluyó el 'asunto' y ya todos salieron, y en la basura se quedó el bebé abortado.

Es la paz de un hospital de enfermos contagiosos a los que nadie se anima a visitar.

Es la paz de esos niños de ojos grandes y cuerpos esqueléticos que ya no tienen fuerzas ni para llorar porque se están muriendo de hambre.

Es la paz alrededor de una cruz y un montoncito de tierra que indican en dónde se enterró a un indígena que falleció de un mal que era curable.

Es la paz que Cristo no vino a traer.

Es la paz del que se siente bueno porque entrega en limosnas sólo lo que le sobra.

Es la paz de quien tiende la mano, pero no el corazón.

Es una paz sin fe, que no construye el amor, que no alimenta la esperanza.

Es la paz que Cristo no vino a traer...ö

#### REFLEXIONA:

La paz que Jesús sí vino a traer, se contrapone con la paz falsa del mundo.

La paz de Jesús es la de los que buscan la justicia y la fraternidad, y choca contra la paz falsa de los que hacen guerra fría.

La paz de los que edifican un mundo mejor para todos, choca contra la paz falsa de los que buscan suprimir a los que les estorban.

La paz de los que son sensibles a las necesidades de los demás choca contra la paz falsa de los que no salen de sí mismos ni se preocupan por los demás.

NO, OS LO ASEGURO, SINO DIVISIÓN.

«Jesús viene a ofrecer Su paz a aquellos que la aceptan, pero a quienes la rechazan, les trae división.» (Gadenz, p. 414).

Jesús ha dicho que el que no está con Él, está contra Él (ver Lc 11, 23). Hay que elegir de qué lado quiere uno estar. Es una opción radical, no hay medias tintas, no se puede navegar en dos aguas. Hemos de decidir si estamos con Él o contra Él.

Ver Miq 7,6.

REFLEXIONA:

Optar por seguir o no a Jesús es una decisión muy personal, íntima que se toma con libertad. Jesús no se impuso a nadie y nosotros tampoco podemos obligar a nadie a seguirlo. Entonces no es raro que en una misma familia, en un grupo de amigos, en una comunidad, se den respuestas distintas e incluso opuestas.

Hay que asumirlo.

«Unos, seducidos, se declararán partidarios Suyos; otros, exasperados, Sus enemigos... La Palabra de Jesús provoca reacciones opuestas que rompen inevitablemente la unanimidad.» (Monloubou pp. 230-231).

Recordemos que ya desde que Jesús tenía 40 días de nacido, se anunció que sería «*signo de contradicción*» (Lc 2, 34).

Dice san Pablo: «*Desde luego, tiene que haber entre vosotros disensiones, para que se ponga de manifiesto quiénes son de probada virtud entre vosotros.*» (1Cor 11, 19).

«Ésta es la explicación y el consuelo para los que están en inevitable conflicto con familia o amigos por causa del Evangelio.» (BdS, 3376).

«Al elegir seguir a Jesús, Sus discípulos deben estar dispuestos a soportar las divisiones que resulten entre familiares y amigos que no compartirán su compromiso.» (Gadenz, p. 248).

12, 52 PORQUE DESDE AHORA HABRÁ CINCO EN UNA CASA Y ESTARÁN DIVIDIDOS; TRES CONTRA DOS, Y DOS CONTRA TRES; 1

2, 53 ESTARÁN DIVIDIDOS EL PADRE CONTRA EL HIJO Y EL HIJO CONTRA EL PADRE; LA MADRE CONTRA LA HIJA Y LA HIJA CONTRA LA MADRE; LA SUEGRA CONTRA LA NUERA Y LA NUERA CONTRA LA SUEGRA.»

En un mismo hogar puede haber quienes siguen a Jesús y quienes lo rechazan.

REFLEXIONA:

Si Jesús encontró oposición, el cristiano que opta por seguirlo, necesariamente la encontrará también. Ésta puede provenir de su grupo más íntimo y querido. Es el caso del joven cuyos papás se oponen a su vocación sacerdotal; la adolescente que se queda sin novio por negarle a darle la «prueba de amor» que le exige; el negociante que pierde socios porque no quiere obtener ganancias chuecas; el señor del que se burlan sus amigos pachangueros porque ya no sale con ellos para no desvelarse y al día siguiente levantarse temprano para ir a Misa.

Ser de Jesús implica exponerse a ser hostilizado, rechazado, acosado, perseguido por los enemigos de Jesús.

REFLEXIONA:

Este anuncio de Jesús no implica que necesariamente todas las familias estarán peleadas. Es simplemente una advertencia para que estemos preparados si encontramos oposición. Que no pensemos que por ser cristianos tendremos todo fácil. Que sepamos que encontraremos situaciones difíciles que pondrán a prueba nuestra fe, nuestra perseverancia y capacidad para dar un verdadero testimonio cristiano.

REFLEXIONA:

Aunque nos duela la división, la incomprensión, la persecución, hemos de aprovecharla para dar testimonio de paciencia, caridad fraterna, perseverancia, alegría, paz. Convertir a los opositores no en enemigos derrotados, sino en hermanos convertidos. Lo único que puede terminar con las divisiones y separaciones, es el amor de Dios recibido y comunicado.

REFLEXIONA:

Cuando las diferencias no son entre quienes siguen y quienes no siguen a Jesús, sino entre católicos y cristianos de otras denominaciones, la diferencia de creencias no debe ser motivo de enojo, pero sí debe motivar a quienes son católicos, a conocer a fondo su fe para poder hablar de ella y defenderla, como pide san Pedro, hay que estar:

*Siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto. Mantened una buena conciencia, para que aquello mismo que os echen en cara, sirva de confusión a quienes critiquen vuestra buena conducta en Cristo. (1Pe 3, 15-16)*

REFLEXIONA:

Relee el texto. Hazlo con Lectio Divina, método antiquísimo que propone la Iglesia para abordar la Sagrada Escritura (-lectioØ leer despacio el texto bíblico; -meditatioØ meditarlo, reflexionarlo; -oratioØ dialogar con el Señor sobre lo leído y meditado, y -actioØ aterrizarlo en algún propósito concreto).